

LAS METAMORFOSIS DE LA RACIONALIDAD CAPITALISTA **Egoísmo, sufrimiento y beneficio**

Miguel A. V. Ferreira. 2025. Madrid, Catarata, 288pp.

[Descripción](#)

The Capitalist Rationality Metamorphoses ***Egoism, Suffering, and Profit***

Miguel A. V. Ferreira. 2025. Madrid, Catarata, 288pgs.

[Description](#)

Revista Intersticios/ reseñas

Resumen:

La economía capitalista ha experimentado, desde su origen, tres grandes fases evolutivas, marcadas por diferentes concepciones: la liberal clásica, la keynesiana y la neoliberal. En cada una de ellas, la obtención del beneficio, objetivo fundamental de una economía capitalista, ha sido posible gracias a lo que el autor denomina “capitalización del sufrimiento” laboral, es decir, gracias a una compensación de naturaleza simbólica —vinculada, en su naturaleza, al concepto de *capital simbólico* de Bourdieu—. El texto ofrece un análisis de dicha evolución partiendo de la premisa de que la racionalidad que las ha impulsado tiene un fundamento, no racional, sino emocional, que estructuralmente está marcada por el egoísmo y que, fenomenológicamente ha adoptado tres formas distintas que corresponden a tres maneras diferentes en las que dicho egoísmo ha sido capaz de lograr la contribución del sufrimiento salarial a cambio de una compensación, de naturaleza simbólica, que excede a la estricta compensación económica que es el salario.

A partir de las formulaciones de Marx y Weber, teniendo como referencia fundamental el marco conceptual de Bourdieu, el texto explica cómo la obtención del beneficio es la resultante práctica de las relaciones entre los grandes impulsores emocionales del capitalismo: egoísmo y sufrimiento, que sustentan la relación objetiva, históricamente configurada, entre los factores capital y trabajo.

Palabras clave: Racionalidad capitalista, emociones, sufrimiento, habitus, capitalización simbólica del sufrimiento laboral, neoliberalismo, supervivencia.

Abstract:

The capitalist economy has undergone, since its origin, three major evolutionary phases, marked by different conceptions: classical liberal, Keynesian, and neoliberal. In each of these, obtaining profit, the fundamental objective of a capitalist economy, has been possible thanks to what the author calls the "capitalization of labor suffering," that is, thanks to compensation of a symbolic nature—linked, in its nature, to Bourdieu's concept of *symbolic capital*. The text offers an analysis of this evolution based on the premise that the rationale that has driven them has a foundation, not rational, but emotional, that is structurally marked by egoism and that, phenomenologically, has taken three distinct forms corresponding to three different ways in which this egoism has been able to achieve the contribution of labor suffering in exchange for compensation, of a symbolic nature, that exceeds the strict economic compensation of wages. Based on the formulations of Marx and Weber, and using Bourdieu's conceptual framework as a fundamental reference, the text explains how obtaining profit is the practical result of the relationships between the great emotional drivers of capitalism: egoism and suffering, which support the objective relationship, historically configured, between the capital and labor factors.

Key words: Capitalist rationality, emotions, suffering, habitus, symbolic capitalization of labor suffering, neoliberalism, survival.

Una aproximación reflexiva a la economía capitalista

El autor es rotundo al inicio del texto: la temática a considerar requiere una aproximación que excede los parámetros convencionales: no se trata de construir argumentativamente un relato plausible de una cierta "realidad objetiva", el capitalismo, alcanzable mediante un supuesto distanciamiento intelectual: el capitalismo, el capitalismo actual, neoliberal, lo impregna, nos impregna colectivamente, por lo que, lo que al final se cataloga como un "acto de supervivencia", lo que nos propone es una comprensión, comprometida vitalmente, con las emociones que alimentan nuestra existencia, emociones que son fundamento de la racionalidad económica.

Ello conlleva una aproximación que tiene por fundamento, metodológico y epistemológico, la reflexividad y que, por tanto, se aleja de posicionamientos positivistas. La capacidad de producir conocimiento sobre la realidad social —una realidad, en este caso, determinada por la economía capitalista— es consecuencia directa de la propia participación activa en dicha realidad; de tal modo que la producción de conocimiento adquiere una entidad primariamente práctica y se establece sobre la unidad indisociable de pensamiento y acción: nuestras representaciones de la realidad, adquiridas por nuestra pertenencia práctica a la misma, condicionan nuestra práctica, la cual modifica esa realidad y, en consecuencia, el sustrato a

partir del cual elaborar nuestras representaciones de la misma. Pensamos actuando y actuamos pensando (o, análogamente: sin pensamiento no hay acción, sin acción no hay pensamiento).

Más allá de cualquier posicionamiento teórico, la existencia humana siempre ha requerido una base económica, base que, en las formulaciones canónicas del pensamiento económico remite a una determinada organización de las colectividades humanas cuyo objetivo es la obtención y distribución de los recursos necesarios para su subsistencia (ej.: Samuelson, 1976: 5; *cit.* en Montoro, 1985: 7; 2; *cit.* en Ferreira, 2025: 20); implica, pues, una organización colectiva para un fin, a su vez colectivo.

La economía capitalista, al igual que cualquier tipo de economía debe cumplir tal fin objetivo, pero sólo lo hace mediante el capital, mediante el dinero que se invierte con la intención de obtener un beneficio, de tal modo que el fin colectivo queda supeditado el interés particular de la minoría, dentro del conjunto, que aporta el capital; queda, en consecuencia, supeditado a la intención de dicho interés particular, el beneficio.

Sin embargo, desde los inicios de la economía capitalista, para que la intención del capital se realice, para que el beneficio se pueda obtener, se hace necesaria la intervención del factor trabajo, de la actividad laboral. De tal modo que la relación entre ambos factores, capital y trabajo, es la condición necesaria para la existencia de una economía capitalista. Su evolución histórica puede ser evaluada considerando la existencia de tres grandes fases , en cada una de las cuales esa relación ha adoptado una forma diferente.

Ahora bien, no se trata de considerar objetivamente la evolución histórica de los factores capital y trabajo, sino considerar que ambos se sustentan en una acción particular y diferencial: la propia del agente empresarial o inversor y la propia del agente laboral o trabajador asalariado. Porque, de la definición canónica de la economía como forma de organización colectiva, se deriva que su naturaleza constitutiva es la acción social: la realidad económica es un determinado tipo de acción social, acción que determina las relaciones, prácticas, entre los agentes inversor (capital) y laboral (trabajo).

Remitiéndose en este punto a la obra de Eva Illouz**, el autor señala que toda acción social requiere de un catalizador emocional: las emociones no son ingredientes “naturales” o “instintuales” —consideración resultante de una concepción positivista que las concibe como opuestas dicotómicamente, a la racionalidad—, sino resultantes, adquiridas, de un determinado entorno cultural y de un conjunto

de relaciones sociales; o lo que es lo mismo: las emociones son socialmente —cultural y relacionamente— construidas y, como tales constructos, son las catalizadores de la acción: sin una emoción como desencadenante no se da acción de ningún tipo.

Así pues, la caracterización de la acción inversora y de la acción laboral vendrá dada por sus emociones específicas. Evidentemente la emoción impulsora de la acción inversora es el egoísmo; igual de evidente es que no puede ser la emoción propia de la acción laboral. No obstante, y necesariamente según el planteamiento, ha de haber otra emoción que defina el impulso propio de la acción laboral, y ésta no será otra que el sufrimiento. Lo cual resulta un tanto paradójico si asumimos que las emociones, al impulsar la acción, lo hacen en busca de algún tipo de satisfacción, gratificación o resultado emocionalmente satisfactorio. Ello resulta claro en el caso del egoísmo capitalista; pero ni mucho menos en lo que se refiere al presupuesto sufrimiento laboral.

La resolución de esta aparente paradoja viene de la mano de la consideración de las propuestas de Pierre Bourdieu en torno al *Capital Simbólico*.

El autor nos ofrece su particular concepción del planteamiento de Bourdieu sobre la acción social, del cual extrae la naturaleza dual de la misma —remitiéndose aquí específicamente a los epígrafes del capítulo 4 de *Meditaciones Pascalianas* (Bourdieu, 1999): “La doble verdad del obsequio” (pp252-265) y “La doble verdad del trabajo” (pp. 255-271). Si establecemos la distinción entre acciones económicas y no económicas, considerando como ejemplificación paradigmática de las segundas a las que están dictadas por la lógica del *regalo* (acciones en principio “desinteresadas” o “gratuitas”), nos encontramos, siguiendo la argumentación de Bourdieu, con que en las primeras, las económicas, se da una componente no económica, y que en las no económicas sucede lo inverso: contienen una “doble verdad”, una verdad explícita y reconocida y otra implícita o eludida; una verdad económica —explícita en las acciones económicas, implícita en las acciones gratuitas o desinteresadas; y una verdad de naturaleza simbólica —a la inversa, explícita en las acciones gratuitas e implícita en las económicas—.

La naturaleza simbólica de esa “verdad” de la acción social implica que lo que está en juego es el reconocimiento social del agente. Recordemos, como señala el autor, que, a diferencia de las otras especies de capital, que son propias y específicas de un determinado tipo de campos sociales, el capital simbólico está presente en todos ellos y que, además, no es objeto de apropiación por parte del agente, sino que es otorgado por el resto de los que forman parte del campo particular del que se trate; es decir, el capital simbólico estará asociado, en forma de reconocimiento, a la especie de capital específico de cada campo: a mayor cantidad de capital, digamos,

“primario” adquirido, mayor probabilidad de adquisición, otorgado por los demás, de capital simbólico, de reconocimiento social —si bien no se trata de una relación lineal y en muchos casos la posesión de un volumen importante capital primario puede no corresponderse con un volumen análogo de capital simbólico, y a la inversa, aún siendo la regla general—.

Teniendo esto en cuenta, en el caso de una acción propiamente económica, la acción laboral, acción que caracteriza al agente laboral, será ese reconocimiento en forma de capital simbólico lo que hará factible que el sufrimiento actúe como el catalizador emocional de la acción. A esto, el autor lo denomina “capitalización simbólica” del sufrimiento: del mismo modo que la recompensa del egoísmo individual, para el agente inversor (capitalista) se da en forma de beneficio y es, por tanto, económica, la recompensa por la “inversión” del sufrimiento para el trabajador vendrá dada en forma de capital simbólico, y será la adquisición de ese capital simbólico lo que hará factible que el sufrimiento actúe como catalizador de la acción.

El texto aborda la particular configuración que ha adquirido dicho capital o compensación simbólica en cada una de las tres grandes fases evolutivas de la economía capitalista: la racionalidad capitalista viene marcada, estructuralmente, por el impulso emocional del egoísmo, pero dicha racionalidad estructural ha adquirido, en una dimensión fenomenológica tres modalidades específicas distintas que corresponden a tres modos distintos en los que el capital ha obtenido la participación del trabajo, de la actividad y del agente laboral, a partir de tres formas diferentes de compensación simbólica: tres formas históricas de “capitalización simbólica” del sufrimiento laboral por parte del egoísmo.

En cada una de esas fases la forma específica de compensación simbólica otorgada a cambio del sufrimiento laboral tiene como referencia a los autores que, en el campo de la ciencia económica, ejercieron la influencia fundamental: A. Smith (1006en el período liberal clásico; J. M. Keynes (1965) durante el período keynesiano; M. Friedaman (1966) en el todavía vigente modelo neoliberal. El texto desmenuza pormenorizadamente, en cada caso, la forma en la que a partir de tales formulaciones se configura la relación entre egoísmo capitalista y sufrimiento laboral en torno a la forma específica de compensación simbólica otorgada al segundo.

Queda a juicio del/ de la lector/a la forma en la que es considerado cada uno de los tres períodos, con la observación de que no es posible comprender, en los términos en los que se formula en el texto, la configuración de un período sin atender a la carencia que condujo, necesariamente, al agotamiento del precedente. En este

punto, y es cuando, además, se hace expreso el “espíritu” reflexivo del texto, conviene recordar que el período neoliberal sigue vigente, por lo que no es deducible de una supuesta carencia, la posible nueva configuración que adoptaría una ulterior fase histórica de la economía capitalista; pese a ello, el autor, como partícipe interesado —pues declara, abiertamente, que el texto no es sino el producto de una actividad laboral (académica, sí, pero sujeta a la naturaleza económica propia de un trabajo asalariado) y, en consecuencia, es resultado de la inversión de un sufrimiento que tiene como objetivo la obtención de una compensación simbólica, la propia y específica del modelo neoliberal, que se desentraña en el texto— sí señala dicha carencia que él entiende marca necesariamente un punto y final que tarde o temprano ha de llegar. En sus propias palabras:

«...resulta imposible sostener indefinidamente en el tiempo una capitalización del sufrimiento basada en un beneficio simbólico definido en negativo, como evitación de la nada (sufrir o morir: ese es el beneficio propuesto y otorgado, en forma de precariedad y pobreza). Y esto resulta aún más insostenible cuando se traduce en términos prácticos en la cantidad incesantemente creciente de gente arrojada sistemáticamente a esa nada (a la muerte social, la exclusión más absoluta, resultado de la incapacidad de obtener los mínimos recursos necesarios para una vida digna o, simplemente, una vida), y en la multitud todavía mayor que, al calor del imperativo de la flexibilidad, se sitúa precariamente, día tras día, en el límite inestable de la supervivencia» (p. 251).

Referencias:

- Bourdieu, Pierre (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Friedman, Milton (1966): *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp.
- Illouz, Eva (2007a): *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Madrid, Cultura Libre.
- Keynes, John Maynard (1965): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Montoro, Ricardo (1985): “Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una sociología de la economía”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS), nº 30, pp. 69-92.
- Samuelson, Paul (1976): *Curso de economía moderna*, Madrid, Aguilar.
- Smith, Adam (1996): *La riqueza de las naciones* (libros I, II y III, y selección de los libros IV y V), Madrid, Alianza.